

IV



ivièrè miraba a Pellerin. Cuando este, dentro de veinte minutos, descendiese del coche, se perdería en la muchedumbre con un sentimiento de lasitud y pesadez. Pensaría tal vez: “Qué cansado estoy... ¡Cochino oficio!”. Y a su mujer le confesaría algo así como: “Se está mejor aquí que en los Andes”. Y, sin embargo, casi se había desprendido de todo aquello a que los hombres se aferran con tanta fuerza: acababa de conocer la miseria. Acababa de vivir unas horas sobre la otra cara del decorado, sin saber si le sería permitido hallar de nuevo aquella ciudad con sus luces. Si encontraría incluso amigas de la infancia, enojosas pero queridas, todas sus pequeñas debilidades de hombre. “En toda multitud —pensaba Rivièrè— hay hombres a quienes nadie distingue, pero que son prodigiosos mensajeros. Y ni ellos lo saben. A menos que...”. Rivièrè temía a ciertos admiradores: no comprendían el carácter sagrado de la aventura, y sus exclamaciones falseaban su sentido, disminuían al hombre. Pero Pellerin guardaba aquí toda su grandeza de saber sencillamente mejor que nadie lo que vale el mundo entrevisto bajo cierta luz, y de rechazar las aprobaciones vulgares con un rudo desdén. Rivièrè le felicitó: “¿Cómo se las ha arreglado?”. Y lo estimó por hablar sencillamente en términos del oficio, por hablar de su vuelo como un herrero de su yunque.

Pellerin explicó primero su retirada cortada. Casi se excusaba: “Así que no pude escoger”. Después no había visto nada más: la nieve lo cegaba. Pero corrientes violentas lo habían salvado, levantándolo a siete mil metros. “Seguramente me he mantenido durante toda la travesía a ras de las crestas”. Habló también del giroscopio, cuya

entrada de aire sería preciso cambiar de sitio: la nieve le obturaba: “Se forma escarcha, ¿sabe?”. Más tarde otras corrientes habían derribado a Pellerin, que no comprendía cómo hacia los tres mil metros no se había estrellado contra nada. Es que volaba ya sobre la llanura. “De repente me he dado cuenta de ello, al irrumpir de improviso en un cielo puro”. Explicó, finalmente, que en aquel instante había tenido la impresión de salir de una caverna.

—¿Tempestad también en Mendoza?

—No, he aterrizado con cielo puro, sin viento. Pero la tempestad me seguía de cerca.

La describió porque, decía, “a pesar de todo era extraña”. La cima se perdía, muy alta, en las nubes de nieve, pero la base rodaba por la llanura como lava negra. Una a una, las ciudades iban siendo tragadas: “Jamás lo había visto...”. Luego se calló, embargado por algún recuerdo.

Rivière se volvió hacia el inspector.

—Es un ciclón del Pacífico. Nos han prevenido demasiado tarde. Esos ciclones nunca van más allá de los Andes.

Nadie podía prever que el de ahora proseguiría su marcha hacia el este.

El inspector, que nada sabía de ello, aprobó.

El inspector pareció vacilar; se volvió hacia Pellerin, y su nuez se movió. Pero guardó silencio. Tras un momento de reflexión, mirando de nuevo recto ante sí, recobró su melancólica dignidad.

Llevaba consigo, como un equipaje, aquella melancolía. Desembarcado la víspera en Argentina, llamado por Rivière para imprecisas tareas, no sabía qué hacer con sus grandes manos y su dignidad de inspector. No tenía derecho a admirar ni la fantasía, ni la inspiración: admiraba por oficio la puntualidad. No tenía derecho a beber un vaso en compañía, a tutear a un camarada, y a aventurar un juego de palabras más que sí, por una casualidad inverosímil, se encontraba en la misma escala con otro inspector.

“Es pesado ser juez”, pensaba.

En realidad no juzgaba, solo meneaba la cabeza. Ignorándolo todo, meneaba la cabeza lentamente ante todo lo que encontraba. Aquello turbaba las conciencias negras y contribuía a la buena conservación del material. No era amado, pues un inspector no ha sido creado para las delicias del amor, sino para la redacción de informes. Había renunciado a proponer métodos nuevos y soluciones técnicas, desde que Rivière había escrito: “Se ruega al inspector Robineau que no nos mande poemas, sino informes. El inspector Robineau utilizará felizmente su competencia, estimulando su celo personal”. Y así se lanzó desde, entonces, como sobre su pan cotidiano, sobre las flaquezas humanas: sobre el mecánico que bebía, el jefe de aeropuerto que pasaba las noches en blanco, el piloto que rebotaba al aterrizar.

Rivière decía de él: “No es muy inteligente; por eso presta grandes servicios”. Un reglamento hecho por Rivière era para Rivière conocimiento de los hombres. Mas para Robineau no existía más que un conocimiento del reglamento.

—Por todas las salidas retrasadas, Robineau —le había dicho un día Rivière—, tiene usted que descontar las primas de exactitud.

—¿Incluso en caso de fuerza mayor? ¿Incluso debido a la niebla?

—Incluso debido a la niebla.

Y Robineau sentía una especie de orgullo de tener un jefe tan enérgico, que no temía ser injusto, y de aquel poder tan ofensivo el mismo Robineau sacaba cierta majestad.

—Han dado ustedes la salida a las seis —repetía más tarde a los jefes de los aeropuertos—, no podremos pagarles su prima.

—Pero, señor Robineau, ¡a las cinco y media no se veía ni a diez metros!

—Es el reglamento.

—¡Pero, señor Robineau, no podemos barrer la niebla!

Y Robineau se atrincheraba en su misterio. Pertenecía a la dirección. Solo él entre aquellos peones comprendía cómo, castigando a los hombres, se mejoraba el tiempo.

—No piensa nada —decía de él Rivière—, eso le evita pensar mal.

Si un piloto destrozaba un aparato, aquel piloto perdía su prima de conservación.

—¿Y cuando la avería ha tenido lugar sobre un bosque? —se había informado Robineau.

—Sobre un bosque, también.

Y Robineau se daba por enterado.

—Lo siento —contestaba más tarde a los pilotos, con viva embriaguez—; lo siento infinitamente, pero debería haber tenido la avería en otro sitio.

—Pero, señor Robineau, ¿no se puede escoger!

—Es el reglamento.

“El reglamento —pensaba Rivière— es como los ritos de una religión, que parecen absurdos pero forman a los hombres”. Le daba igual que lo tuviesen por justo o por injusto. Quizá tales palabras ni siquiera teman sentido para él. Los pequeños burgueses de las pequeñas ciudades dan vueltas a la caída de la tarde alrededor del quiosco de la música, y Rivière pensaba: “¿Justo o injusto con respecto a ellos? Esto carece de sentido: ellos no existen”. El hombre para él era cera virgen que había que moldear. Había que dar un alma a esa materia, crearle una voluntad. No creía esclavizarlos con aquella dureza, sino lanzarlos fuera de sí mismos. Si castigaba así todo retraso, cometía una injusticia, pero dirigía hacia la salida la voluntad de cada escala; creaba aquella voluntad. No permitiendo que los hombres se alegrasen del mal tiempo, como si fuera una invitación al reposo, los tenía pendientes de que clarease, y la espera humillaba secretamente hasta al más oscuro peón. Se aprovechaba así la primera imperfección de la armadura: “Despejado en el norte, ¡listos!”. Gracias a Rivière, en quince mil kilómetros el culto al correo lo dominaba todo.

A veces decía Rivière:

—Esos hombres son felices porque aman lo que hacen, y lo aman porque soy duro.

Tal vez hacía padecer, pero también proporcionaba a los hombres grandes alegrías.

“Es preciso empujarlos —pensaba— hacia una vida fuerte, que entrañe dolores y alegrías, pero es la única que vale”.

Como el coche ya entraba en la ciudad, Rivière mandó que los condujeran a las oficinas de la Compañía. Robineau, que se había quedado solo con Pellerin, lo miró y entreabrió los labios para hablar.